

EL ROBO *del* FUEGO

Leyenda wichí

Versión de Miguel Ángel Palermo

Ilustrado por Lorena Leonhardt



Ministerio de
Capital Humano
República Argentina

Secretaría
de Educación



EL
TUCUTUCU



EL
JAGUAR



EL
FUEGO



EL CONEJO

ESTE LIBRO PERTENECE A:



La coordinación y producción de este trabajo fue realizada en el año 2023 por el siguiente equipo: Cinthia Kuperman, Natalia Porta López, Alicia Serrano, Noelia Forestiere, Pablo Clementoni, Gabriel Szklar, Pilar Piccinini, Verónica Varela, María Aranguren, Gonzalo Blanco, Alcira Bas, Gabriela Nieri, Martín Glatzman, Paola Iturrioz, Elizabeth Sánchez, Mario Pesci, Paula Salvatierra y Fabián Ledesma.

Agradecemos a los autores y a los ilustradores que permitieron la realización de esta Colección.

© Lo que cuentan los Wichis. Sudamericana Infantil y Juvenil, 1999

© Penguin Random House

Ilustraciones de Lorena Leonhardt

Anónimo

El robo del fuego: leyenda wichí / Adaptado por Miguel Angel Palermo; Ilustrado por Lorena Solange Leonhardt. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Secretaría de Educación, 2024.

32 p.: il.; 28 x 20 cm. - (Historias x leer)

ISBN 978-631-90730-0-3

1. Literatura Argentina. I. Palermo, Miguel Angel, adapt. II. Leonhardt, Lorena Solange, ilus.

CDD A863.9283

El robo del fuego

Leyenda wichí

Versión de Miguel Ángel Palermo

Ilustrado por Lorena Leonhardt





En los tiempos antiguos, después del gran incendio que quemó la Tierra, los árboles volvieron a crecer y todo estuvo de nuevo más o menos como antes. Todo menos una cosa: con Jualá (el Sol) tan enojado, ahora ya no había quien cocinara para la gente —en esa época, puros animales—. Y después de tantas llamas nadie tenía el más mísero fueguito.



En realidad, nadie no, porque el Jaguar —¡vaya uno a saber cómo!— había conseguido hacer un buen fogón, que mantenía siempre encendido. Pero que el Jaguar tuviera fuego era lo mismo que nada, porque era tan bravo como mezquino, y habían sido inútiles todos los ruegos que le habían hecho.

—¡No! —contestaba siempre que le pedían aunque fuera una sola brasita, nada más que una llamita.



NO!



no, NO

*y he dicho
que*

no!

Él quería seguir siendo el único en comer comida cocida y en alumbrarse de noche. Y los que habían ido como delegados de los demás animales, si habían sido muy insistentes se habían tenido que volver corriendo —o volando, según los casos—: un bramido de esos que ponen los pelos de punta venía como respuesta si lo impacientaban, y algunos más porfiados habían estado a punto de que les diera un zarpazo.

Cuando vieron que era inútil pedirle, los animales decidieron sacarle fuego aunque no quisiera: “El que no quiere compartir —decían— no merece que lo respeten”.



Pero como no había ninguno más fuerte que el Jaguar, tenía que ser cosa de astucia. Y tenía que ser mucha astucia porque el Jaguar, además de no ser ningún zonzo, estaba siempre vigilando.



El primero en probar fue un bicho que en el Chaco llaman Oculito (porque se pasa el día escondido en su cueva) y que en otras partes de la Argentina se llama Tucú-tucú (porque justamente hace un ruidito como “tucú-tucú” bajo la tierra). El Oculito pensó un plan bastante interesante: haría un túnel bien largo, que empezara donde el Jaguar no lo viera y acabara al lado del fogón. Allí se asomaría despacio, sacaría una brasa, taparía el agujero y se volvería enseguida. El plan era bueno, pero a último momento falló, como a veces pasa con tantos planes muy bien pensados.





Es que, demasiado confiado, el Oculto hizo su famoso ruido —“tucu-tucu”— dentro del túnel y el Jaguar, que tiene muy buen oído, lo sintió. Sonrió, escuchó bien para calcular por dónde iba a aparecer el ladrón, y se sentó a esperarlo.

Apenas se empezó a remover la tierra en el lugar por donde el Oculto se iba a asomar, el Jaguar preparó la garra. Y cuando salió la cabecita, ¡zas!, le pegó un golpe tremendo. Tan fuerte fue, que desde entonces al Oculto le quedó el hocico achatado, y así son todos los ocultos hoy. Dolorido y para colmo oyendo las carcajadas del Jaguar, el pobre se volvió por donde había venido y ya no volvió a insistir.

Cuando lo vieron volver en ese estado y con las manos vacías, los demás animales se desilusionaron bastante, pero entonces se presentó otro voluntario: el Conejo.

No era un conejo casero de esos blancos, lanosos y orejudos, sino un conejo chaqueño, del monte, de esos marrones y de orejas cortitas.





CONejo DE LOS PALOS

o MARA
del CHACO

→ Roedor
grande

El Conejo pensó que tratar de llegar al fuego sin que el Jaguar se enterara era imposible: el grandote tenía tan buena vista, tan excelente olfato y un oído tan fino, que siempre se iba a dar cuenta. Y esperar a que se durmiera era perder el tiempo, no porque no se acostara a dormir —en realidad hacía unas siestas larguísimas—, sino porque tenía el sueño más liviano que una pluma: el rumor más chiquito lo despertaba. Y era mejor no seguir haciendo pruebas raras, porque si el Oculto había terminado con el hocico aplastado, otro podía acabar despachurrado o dentro de la panza del Jaguar.



Fuego



Así que la cuestión era acercarse abiertamente con algún pretexto. Después, con otra excusa, quedarse un rato junto al fuego hasta que el manchado se distrajera, y en ese descuido sacarle una brasa y correr, correr desesperadamente para dejar atrás al Jaguar.

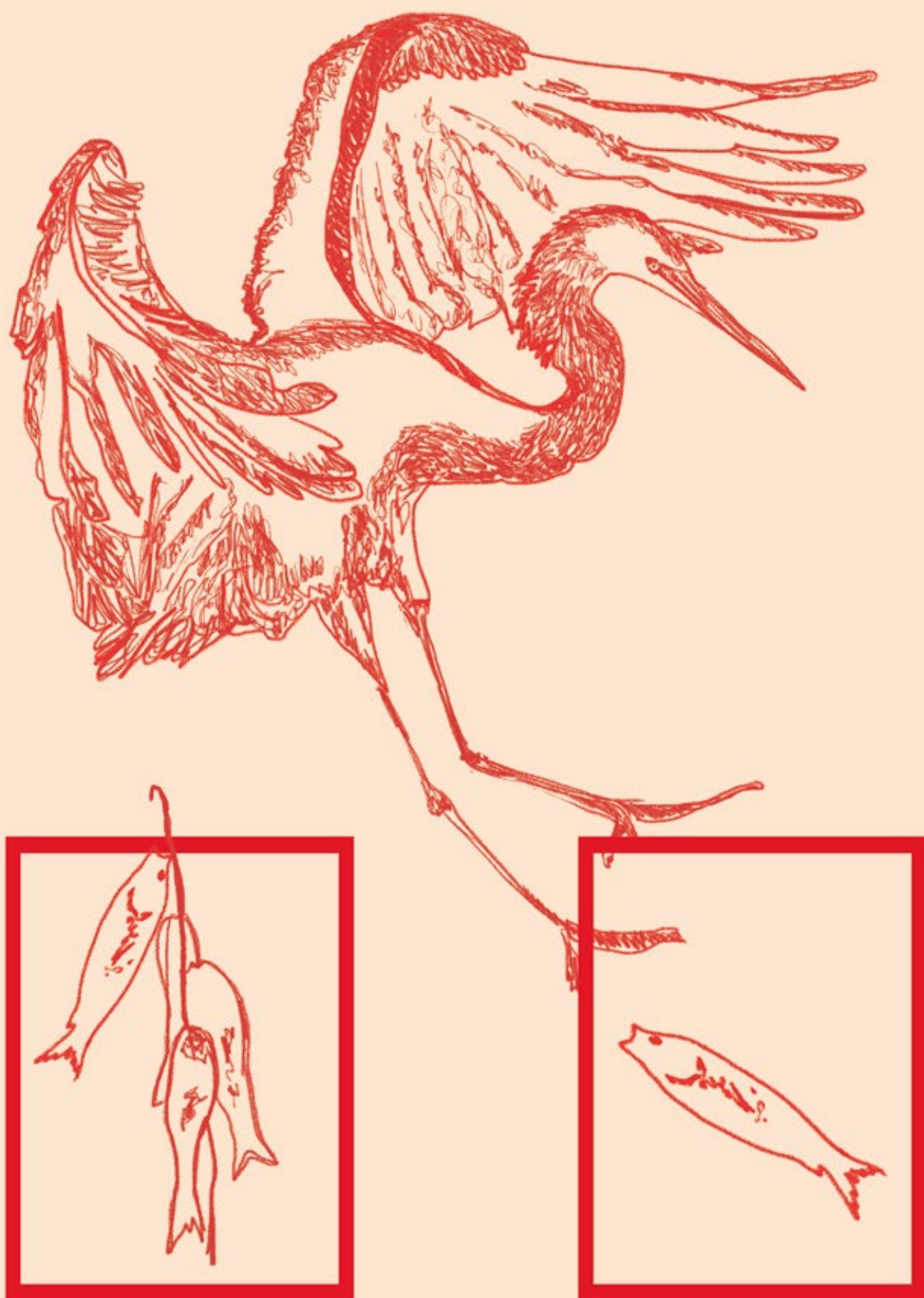


OIDO
muy fino

VISTA
Buena

OLFATO
excelente

sueño
LIVIANO



El problema del Conejo era encontrar un buen pretexto.

¿“Pasaba por acá cerca y quise venir a saludarlo”?
Mmm. Poco le gustaban las charlas al Jaguar.

¿“Vine a ver si no encontró unas frutas que se me perdieron el otro día”? Mmm. El Jaguar lo iba a echar inmediatamente.

¿“Vengo a traerle un regalito”? ¡Eso! ¡Un regalo podía hacer que el Jaguar lo dejara acercarse!

Pero el Conejo ya se imaginaba cómo la fiera agarraba el regalo y enseguida le decía que se fuera. Entonces vio qué tenía que hacer: llevarle algo para comer —el Jaguar siempre estaba hambriento—, pero algo que fuera bueno cocinar. Podría ofrecerse para asarlo y de esa manera iba a poder estar un buen rato junto al fuego sin que el Jaguar sospechara, hasta que fuera la oportunidad de salirse con la suya.

Así que, con la ayuda de la Garza, gran pescadora, el Conejo consiguió unos hermosos pescados, los ensartó en una piola y se fue, muy sonriente, a visitar al Jaguar.

De lejos, el otro le pegó el grito:

—¡Fuera de acá!

Pero el Conejo, disimulando el miedo que tenía, gritó por su parte:

—¡Pero, Tío, si le traigo un regalito! —le decía “Tío” en señal de respeto, no porque fuera el sobrino.

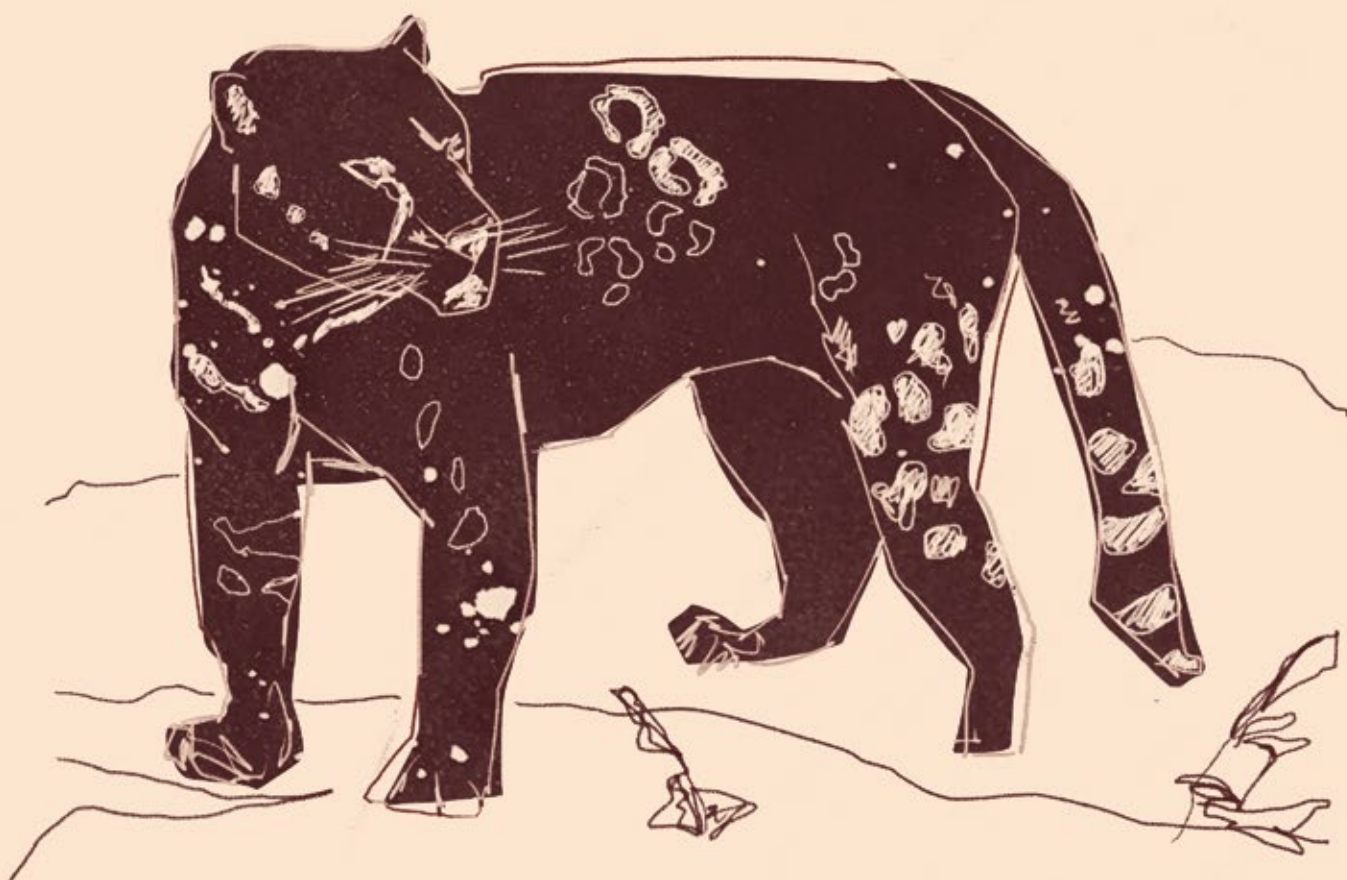
Al Jaguar le interesó el asunto y, aunque ya olfateaba pescado (que le gustaba mucho), preguntó:

—¿Qué es eso?

—Unos pescados muy lindos —contestó el Conejo.

—Está bien, que queden ahí, gracias y hasta luego

—dijo el Jaguar.



—Pero Tío, ¡déjeme que le haga el regalo completo!
¡Estos pescados, como quedan ricos, es asados! ¡Crudos
no valen nada! ¡Y no va a andar cocinando usted! Si no,
¿qué clase de regalo es? Yo se los voy a cocinar, bien
asaditos, con gustito ahumado ya va a ver cómo sé
preparar el pescado yo.

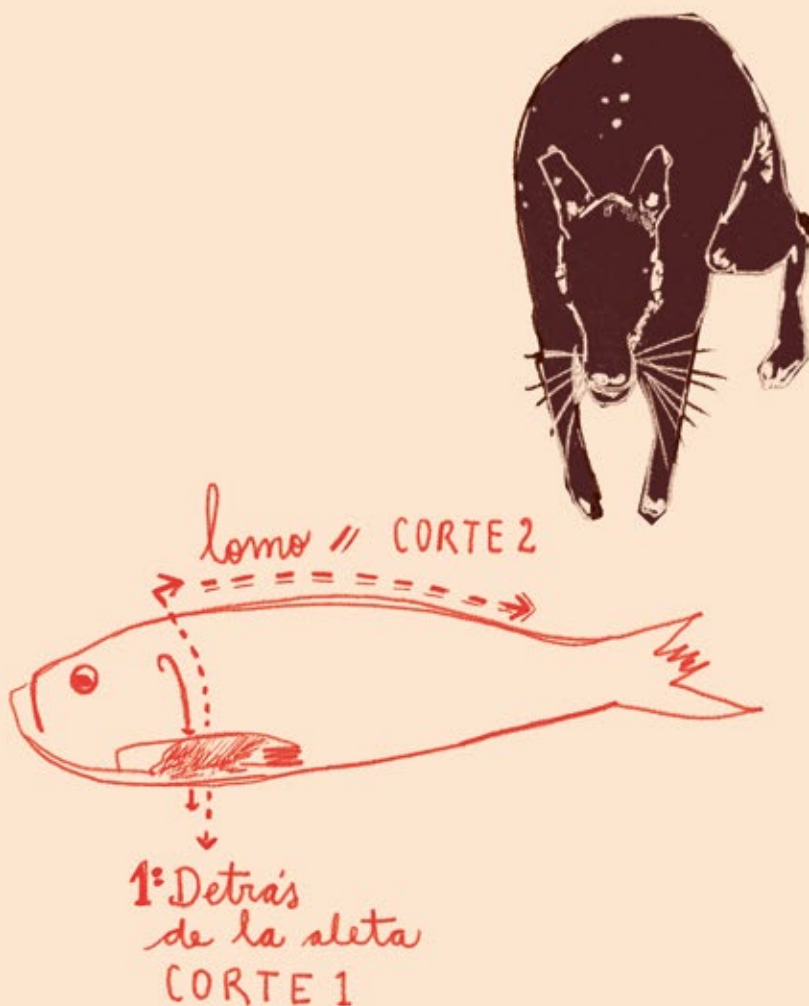
—Mmmm —dijo el Jaguar—. Está bien.



El Conejo sacó los pescados del hilo, los abrió por el lomo —como se usa en el Chaco— y los puso a asar, abiertos, en unas ramas verdes.

A cada momento los daba vuelta y los acomodaba, los tocaba para ver cómo estaban, los olía y los miraba.

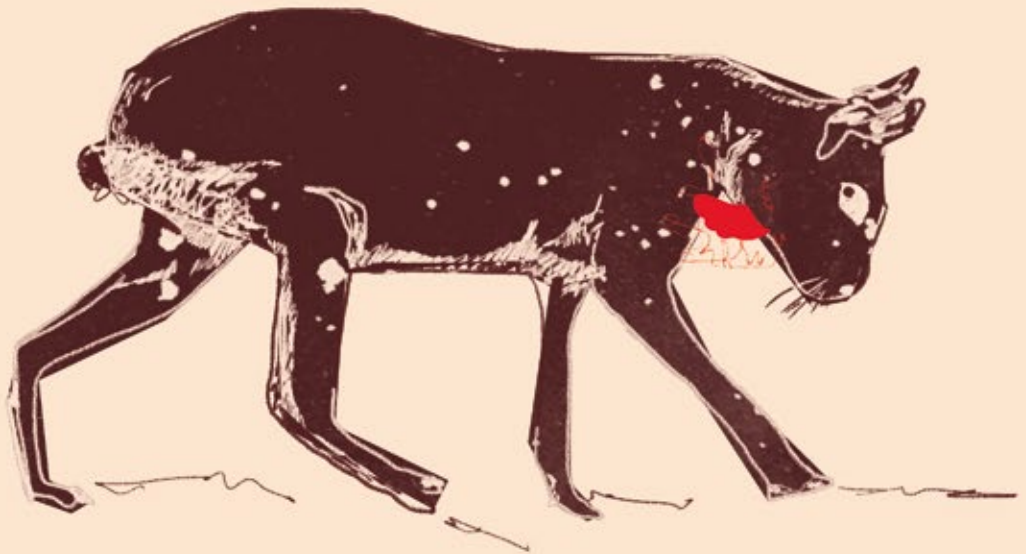
Al fin, el Jaguar se aburrió de vigilarlo —aunque no dejaba de desconfiar— y entonces el Conejo, haciéndose el distraído, apoyó sobre las brasas la cola de un pescadito chico, una mojarra. “Fffff”, hizo al tocar el fuego y se le pegó una brasa chiquita. El Conejo echó una mirada al Jaguar —que estaba bostezando y mirando para otro lado—, manoteó la mojarra con la brasita pegada, la dobló, se la puso debajo de la mandíbula, la apretó así contra el pecho y salió corriendo.







De reojo, el Jaguar lo vio y pegó un brinco: ¿qué le pasaba a ese Conejo loco? Enseguida, alarmado, miró su fuego: los pescados seguían asándose tranquilamente. Volvió a mirar al Conejo que corría y vio que de abajo de la mandíbula le salía un poco de humo, porque aunque la brasa iba envuelta en la mojarra, ya se le estaban chamuscando algunos pelos.



Cuando se dio cuenta de la trampa, el Jaguar saltó como un rayo y empezó a correr, rugiendo furioso.

El Conejo se daba vuelta y veía cómo perdía la ventaja que le había sacado de entrada, cómo la fiera estaba cada vez más cerca, más cerca. Entonces, dándose cuenta de que ya lo atrapaba, tiró la brasa entre el pasto.

El pasto estaba reseco porque hacía bastante que no llovía, y por eso enseguida se levantó una llamarada y el viento la hizo crecer y crecer.



Desesperado, el Jaguar trató de apagar el fuego, soplando y dando manotazos y pisotones por todas partes, pero ya era tarde. Del pasto, las llamas se pasaron a un árbol y después a otro y a otro más.

Los animales corrieron con ramas y se llevaron cada uno un poco de fuego. Desde entonces, todos tuvieron su propio fogón encendido.



El Jaguar se quedó con mucha rabia, más intratable que antes. Y a partir de ese momento tuvo negras las plantas de las patas, medio quemadas desde que trató de apagar el fuego (algunos también dicen que tiene la piel más manchada desde esta historia).



largo entre 150 ~ 190 cm

75
cm
ALTURA
promedio

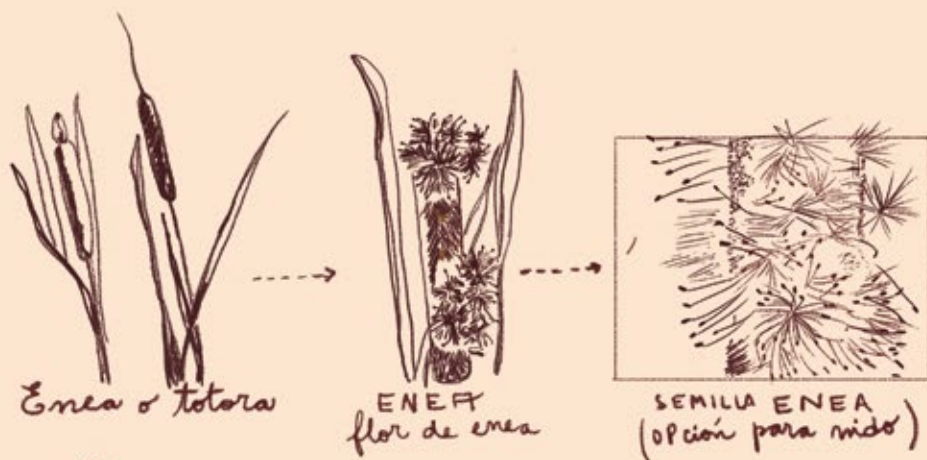


ROSETAS
MANCHAS NEGRAS
varían en formas

patas
CORTAS
MUSCULOSAS
FUERTES



Como recuerdo de su aventura, el Conejo del Chaco tiene una manchita blanca en la garganta, allí donde se quemó la piel con la brasa robada.

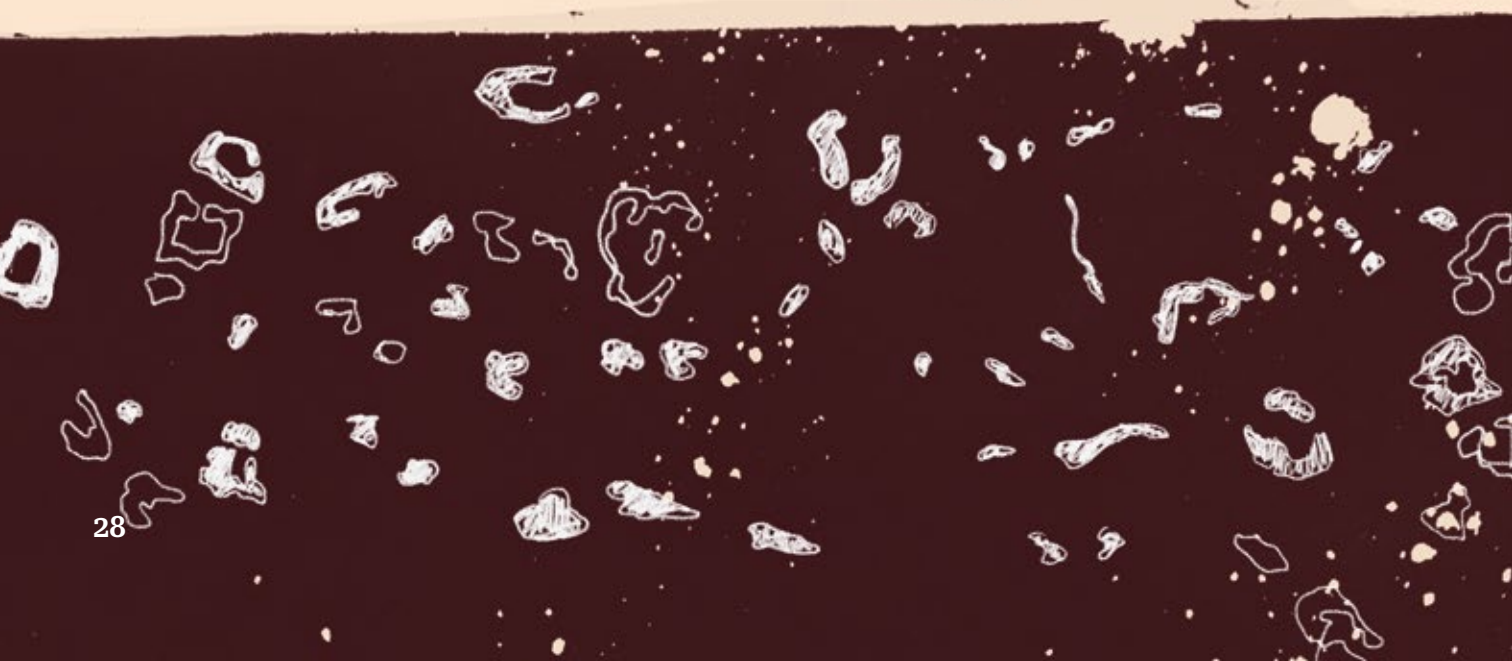


O
TAMBIÉN
SE PUEDE
hacer con
HELECHO
seco y
pasto / hierbas
(SECAS)

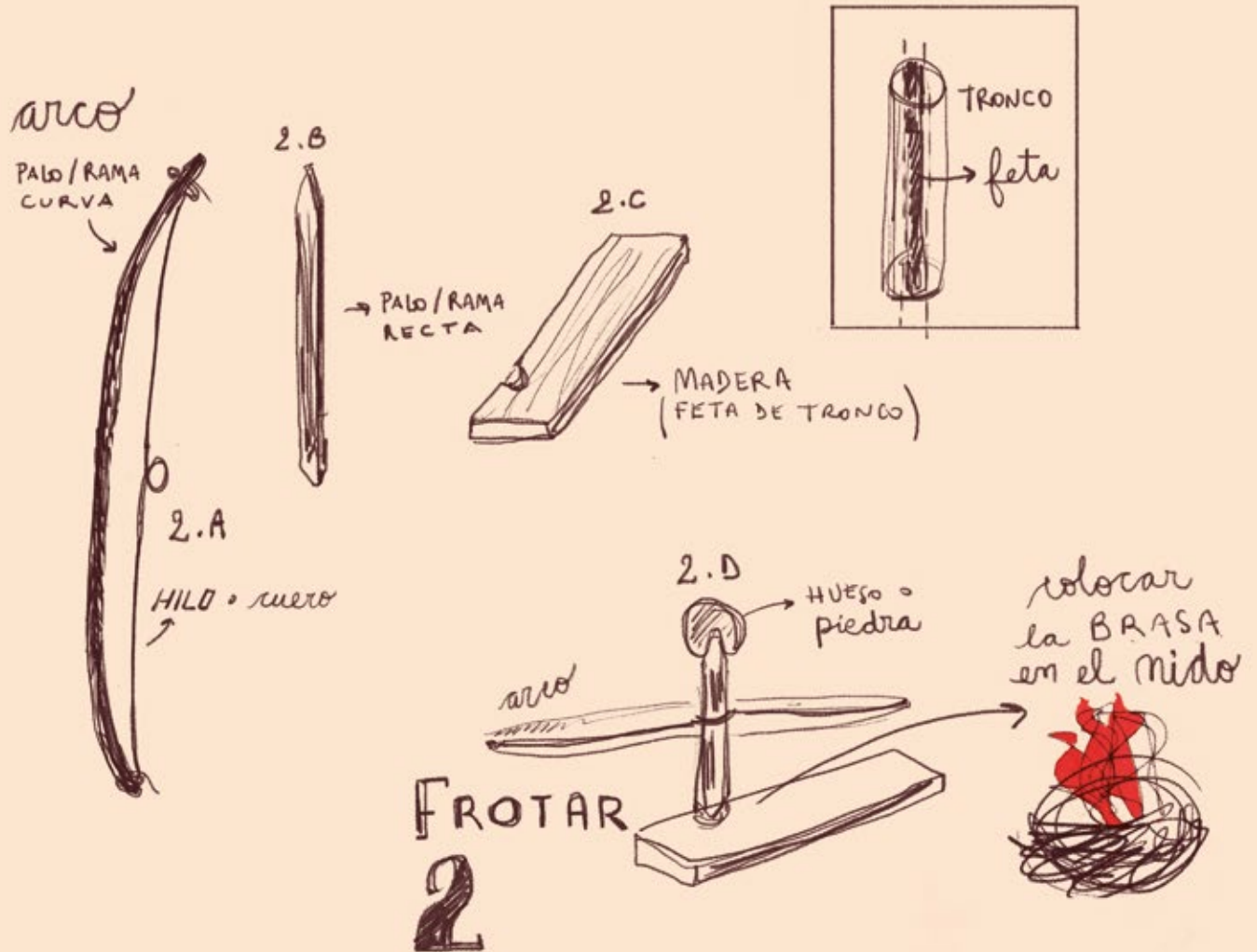


se quiere hacer
con FORMA DE NIDO

1 JUNTAR material



Desde entonces, además, el fuego se metió en la madera de los árboles y por eso se puede encenderlo frotando dos palitos.





MIGUEL ÁNGEL PALERMO

Buenos Aires, 1948. Es antropólogo, escritor y editor. Fue docente en la Universidad de Buenos Aires y técnico del Museo Etnográfico. Expulsado en 1976 por la dictadura, inició su carrera editorial en el CEAL y su producción literaria para niñas, niños y jóvenes, vinculada con narrativas tradicionales e historia de los pueblos indígenas. Ha recibido el premio Konex y premios del Fondo Nacional de las Artes, entre otras distinciones. Entre sus obras se encuentran libros de las colecciones “Cuentamérica”, “La otra historia” y “Cuentos y leyendas de mi país”, así como los libros *Superhéroes de nuestro pueblo* y *Cosas de bichos*. En este caso presenta su versión de una leyenda wichí.





LORENA LEONHARDT

Ciudad de Buenos Aires, 1977. Es diseñadora gráfica, con un posgrado en Teoría del Diseño Comunicacional (UBA), ilustradora, docente universitaria, investigadora y emprendedora. Publicó algunos libros ilustrados y otros teóricos: *El perro y el vagabundo*, *Más vale 100 volando que pájaro en mano*, *Metodologías para la producción de imágenes visuales*, entre otros. Su trabajo fue seleccionado en el CICLA Original Illustration Exhibition of Chen Bonchui International Children's Literature Award de 2020 y 2021.



tenelo siempre
a la vista ✓

tené agua cerca ✓

NUNCA hagas
fuego debajo
de los árboles ✓

Hacé fuego
en los lugares habilitados

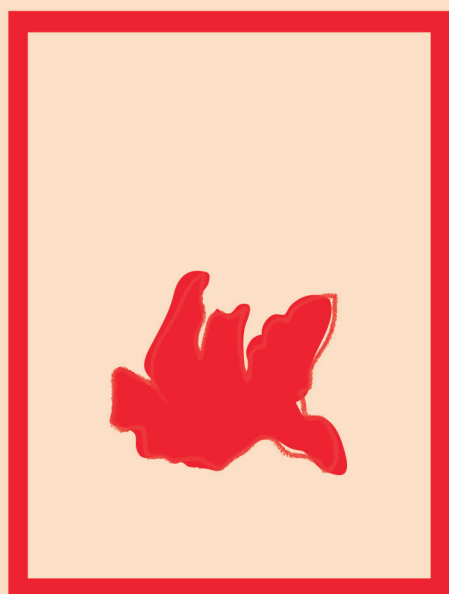
hazelo con abundante
agua ✓

remové las cenizas
para verificar ✓

echa' agua sobre
la fogata y alrededores ✓

observá la dirección del viento ✓

Para apagar el fuego
de modo correcto



evacuá el área ✓
cubrite boca y nariz ✓
(para no inhalar humo) ✓
observá el fuego ✓
acatá las indicaciones ✓
procurá caminar cerca ✓
de aguas abiertas ✓
VÍAS DE EVACUACIÓN
No vuelvas a un área quemada ✓

Qué hacer en caso
de incendio forestal

INCENDIOS

Recomendaciones para prevenir incendios forestales

Historias x leer

Para leer con tus docentes.

Para leer a solas o con otros.

Para mirarlos, escucharlos y compartirlos.

Esta segunda serie amplía la colección con otros cuentos escritos e ilustrados por importantes artistas.

A través del código QR vas a encontrar una versión multimedia accesible –con interpretaciones en Lengua de Señas Argentina y en texto plano–, musicalizada por ensambles del Programa Nacional de Orquestas y Coros Infantiles y Juveniles.

Estos libros son para todos los niños que están cursando la Primaria en todo el país.

Leer es tu derecho.

El robo del fuego

Una leyenda atrapante que te contará, con rugidos y bigotes, robos, persecuciones y fogatas, por qué el jaguar tiene las plantas de sus patas negras, por qué el conejo chaqueño tiene una manchita blanca en la garganta y muchos otros misterios más.



Versión
multimedia



Ejemplar de distribución gratuita